

El murmullo crecía a medida que sus pies se adentraban en la calle Neuve-du-Molard. Extraño detalle este en una ciudad en la que el ruido injustificado, no es bienvenido. Algo debe suceder en la plaza, le indica un palpito. Sus ojos lo confirman, al divisar una columna de humo ascendente expulsando una rara ceniza, que desciende sin prisa.

Un grupo de transeúntes forma un corro alrededor, en el que unos pocos vociferan y otros muchos asisten atónitos. Sobresalen, en masculino, los gritos desaforados de un joven que recorre en todas direcciones el interior del improvisado círculo humano, como queriendo salir, pero al que parecen no permitirle.

¿Qué alimenta ese fuego?, se pregunta. Al franquear las cabezas de los *corroformantes*, la sorpresa es mayúscula: ¡billetes! Se diría que un hijo de James Dean, con el pelo oscuro, ha surgido de la nada sobre el adoquinado de esta plaza. ¿No puede, o más bien, no quiere salir de ese círculo? En realidad no grita. Son risotadas de puro nervio que desencajan su expresión facial y confieren al momento un punto de locura.

Una chica de mofletes rosa y pelo acampanado, a juego con su cuerpo, muestra su indignación –«¡devuélvame mis 20 francos!»–, mientras que un hombre delgado, de pelo largo y no muy agraciado, se regocija mascullando entre dientes «¡quémalo todo y jódelos!». Otros presentes profieren llamamientos a la policía, que se encuentra en la misma plaza a una distancia prudente, aunque sin intervenir por el momento...

La violencia del despertar rociado de sudor junto con la semioscuridad de la habitación, acrecentan la incertidumbre de no saber dónde se encuentra. Unos segundos después, con más referencias espaciales del lugar y menos látidos en el corazón, llega a la conclusión de que se encuentra en su casa.

Román Arthés continúa sin explicarse por qué este episodio de su vida, en forma de sueño, lo visita con alguna periodicidad desde hace algún tiempo. Y siendo cierto que la extraña *performance* de Jan Fabre le impactó de sobremanera, aquella mañana de sábado en Ginebra, era más cierto aún que habían transcurrido más de treinta años

desde aquel espectáculo callejero.

La representación onírica, en esta ocasión, se ha visto truncada a escasos momentos de su previsible final. Y hoy realmente lo agradece. Porque aún recordando que el joven artista belga finalizaba su actuación dibujando lo que su arte le dictaba con las cenizas resultantes de la quema, en los últimos tiempos, la imagen que se le presenta al final del temido sueño, emergiendo de las trazas del dibujo, es el rostro ensangrentado de Hiromi el día de su asesinato.

Al incorporarse de la cama, su espalda le notifica, un día más, que el recuerdo de la japonesa continúa, a pesar de los años, goteando amargamente sobre su alma, siendo preceptiva una breve sesión de estiramientos.

El despertador, aunque puntual, llega tarde hoy a su cita. Su timbre resuena inútil mientras que el ejecutivo ya sale de la ducha, repasando en su cabeza, mientras seca su cuerpo, los últimos detalles del viaje que emprenderá en unas horas a Bergen. Ello no le impide que su mente, en un segundo plano, evalúe aspectos de la inconclusa partida de Go que le ha ocupado una parte de la madrugada frente al ordenador.

En esta ocasión y no siendo plato de gusto, tendrá que facturar la maleta, estimando que el trabajo en la ciudad escandinava puede durar de tres a cuatro días. Una experiencia ya dilatada en esta parcela le dicta que, separarse del equipaje en los vuelos acaba, la mayor de las veces, generando algún que otro contratiempo.

No hay duda de que la operación noruega tiene visos aparentes de reportar pingües beneficios a su empresa, que vista la situación en Europa, negocios de tamaño envergadura no se presentan con tanta alegría últimamente. Sin embargo, desde hace días, no deja de rondar su cerebro la pregunta de por qué ha sido elegido para este asunto. Más y cuando en los últimos nueve años, la cúpula directiva no lo tuvo en cuenta a la hora de liderar un solo proyecto de gran importancia.

«Román, ha llegado un caso de nivel A procedente de una empresa noruega que busca introducirse en algunos países de Sudamérica. Necesitan contactos sólidos...», el clin del microondas y el clac de la tostadora de pan hacen presumir el olor que reina en la cocina. Al entrar en ésta, respira a fondo intentando evocar otros momentos de su vida, pero sólo cruza por su mente la inquietante conversación en el despacho del gerente: «...y confiamos en tu experiencia para la arquitectura de esta operación que es de capital importancia...».

«¡Qué caprichosa es esta vida y a qué vaivenes nos somete!», se dice a sí mismo, sin convencerse demasiado.

La ventana de la cocina devuelve todavía el negativo del que se prevee un día nublado con idea de llover levemente. Y eso le trae, sin saber por qué, la imagen de la chica del tiempo en las noticias, informando la noche anterior del final de la ola de viento Foëhn que tanto altera la vida de los habitantes más electrosensibles de la zona. El ejecutivo, por suerte, jamás se ha visto afectado por esta meteoropatía, aunque la electrosensibilidad la padece en otros términos, desde que hace unos años debe acarrear, por cuestiones de trabajo, todo un aparataje electrónico cuya utilidad, muy a pesar suyo, tiene que reconocer.

Una mirada a la nada con pómulos contraídos le ayuda a recordar claramente que la maleta de cabina alberga el dichoso arsenal tecnológico.

Su desayuno de tazón repleto, flanqueado por un par de tostadas de soja, se ve súbitamente interrumpido por el teléfono, que parece disfrutar imitando a un grillo. Una operadora de *Adequattaxi* le comunica con voz melodiosa que, en veinte minutos, un conductor pasará a recogerlo en su domicilio. Mira su reloj, y confirma que los acontecimientos van a su tiempo, lo que le permite degustar tranquilamente la, para el mundo, poco usual mezcla de miel y aceite de oliva que barniza el pan tostado. Entretanto, un nuevo y furtivo vistazo al billete; el avión tiene prevista su salida a las nueve y diez, realizando una breve escala en Londres.

No se esmera en exceso retirando los cacharros de la mesa. Los deposita tal cual en el seno del fregadero, porque sabe, por las marcas en el calendario de la nevera, que Madame Dufour acudirá al día siguiente a darle un repaso integral a la casa. En una nota firmada que preside la mesa del salón, Arthés le solicita amablemente que le acerque a la tintorería los trajes que ha dejado extendidos en el sofá.

Por un momento, echa la vista atrás y en una cuenta rápida, constata que esta mujer bonachona pero de gestualidad reservada, lleva doce años acudiendo a su cita, dos veces por semana, para realizar la limpieza general y tener la casa mínimamente abastecida.

El son del timbre de la vivienda, más agudo por el silencio de la hora, provoca la rodada de maletas rumbo a la puerta. La puntualidad del taxista se diría suiza. Y es que en realidad, la casa que habita se encuentra a ocho kilómetros escasos de la frontera helvética. Arthés, absorto en sus pensamientos, apenas ha sentido las primeras

gotas de lluvia al introducirse en el vehículo. Después de cerrar el maletero y ponerse al volante, el conductor inicia la marcha.

–*Monsieur, à l’aéroport, n’est-ce pas?* –mirando al retrovisor, obviamente, sin esperar confirmación.

El trayecto es de sobras conocido por ambos y no sólo porque lo hayan hecho juntos en alguna ocasión. Arthés recuerda al hombre por su poblado bigote y barriga feliz, mientras que este otro no olvida que en Annemasse no habita nadie con ese peculiar color de piel. Su mente, pese a no tenerlas todas consigo, casi agradece este nuevo encargo profesional de la oficina. La última semana ha transcurrido más deprisa y, ahora que lo piensa, por su foco de atención apenas han desfilado las imágenes agrias que su alma tiene costumbre de destilar aleatoriamente.

De pronto, la estridencia del teléfono móvil sacude un silencio de incipiente mañana.

–Sí –responde el ejecutivo de manera seca.

–*Bon día, boss* –con pretenciosa formalidad, no exenta de recochineo, una voz suena al otro lado.

–Vaya, Pau, no me atrevía a llamarte aún por si...

–No me he acostado todavía, si es eso lo que te preocupa –marcando las sílabas del *todavía*.

–¡Noches alegres, mañanas tristes, amigo!

–Sí, sí. Sobre todo alegres. Llevo toda la noche con lo de tus noruegos.

–¿Y?

–Una de dos, o están limpios inmaculados o esconden la información muy muy bien.

–Y tu intuición, ¿qué te dice? –inquirió el ejecutivo.

–Que no hay dos sin tres, y dado que ninguna de las dos situaciones me parece verosímil, seguiré barrenando la Red –respondió el catalán con la seguridad del que se sabe sobrado.

–Nos jugamos mucho con esta historia, Pau. Así que descansa lo que puedas, pero céntrate en esto al máximo. Un

pajarito me dice que en este negocio hay algo más que dinero. Cuando tengas cualquier cosa, me llamas enseguida. Con un comienzo tan poco metódico de la operación, no quiero encontrarme sorpresas de última hora.

–Yo de ti, poca broma; tendría el cuerpo preparado para más de un baile.

–No me queda otra que solicitarles esos datos en la reunión de mañana, aunque no sea el procedimiento habitual. En cualquier caso, sigue a lo tuyo. Ya hablamos.

–*Adeu, Mateu!* –se despidió con cierta sorna su socio.

Al cortar la comunicación, la noticia que en ese momento emitía la radio del taxi glosaba el quinto centenario del nacimiento de Juan Calvino. «Y eso que la conmemoración ha tenido lugar hace un par de semanas», se dice a sí mismo. Barruntaba la sensación de que tanta pompa estaba quedando un poco larga ya, aún a sabiendas de que este importante reformador francés gozaba de mucho más que simpatía por la zona. Un personaje que, para Arthés, no dejaba de tener muchas más sombras que luces. Fundamentalmente, por ese frágil equilibrio entre intelecto y mala leche del que surgieron, entre otras aberraciones, el asedio y posterior muerte de Miguel Servet. Todo por atreverse éste a plantear, abiertamente, la primacía entre dogma y razón.

Alguna fuente apócrifa dejó caer en cierta ocasión que, en esta disputa, parecía subyacer una suerte de manía al ajo hispano por parte del reformador. Aunque en realidad, daba la impresión de que las apetencias de Calvino pasaban, más bien, por limpiarle la boca a Servet con guindilla. Tampoco fueron menores las aportaciones del francés, a la hora de propiciar una nueva forma de entender las finanzas que ha marcado desde entonces, significativamente al mundo occidental. Detalle resaltado en su día por más de un profesor en la Universidad de Ginebra, en la que el ejecutivo cursó estudios.

Casualidad o no, el colosal científico maño fue el primer español que Román Arthés conoció allá por 1977 al poner los pies en Annemasse. Una pena que el hombre estuviera de bronce presente sólo en esta pequeña localidad. «Para vergüenza de Ginebra», sentenció, «que algún día le dará su merecido reconocimiento».

Una señalización vial que ha pasado velozmente por su derecha, anuncia que el vehículo se encuentra ya en el cantón presidido por la ciudad de Ginebra, cuyo aeropuerto empieza a reconocerse entre los claroscuros del

horizonte. «¿Cuántos días de su vida lleva ya comenzados en esa terminal de Cointrin?», se pregunta, retóricamente, a sabiendas de la tonelada de kilómetros que acumula en su currículum.

No obstante, las inquietudes reales que ocupan al ejecutivo, proceden más bien de la conversación que acababa de mantener con Pau sobre la operación noruega, asumiendo finalmente que el catalán, no muy interesado en tanta cuita histórica, decanta más sus aprecio por ser ésta la ciudad que ha visto nacer la Internet, como se la conoce hoy en día.